RESONANCIAS DE MACHADO EN EL «LIBRO DE POEMAS» DE GARCIA LORCA

Es lugar común al referirse a los poemas juveniles de García Lorca (los recogidos en su primera obra poética, *Libro de poemas*), aludir a las influencias de Bécquer, Rubén Darío, Juan Ramón o Antonio Machado. Quisiera analizar esta última en algunos textos de ese libro lorquiano, señalando y comentando algunas claras correspondencias de asuntos, motivos, imágenes, léxico, etc. Pero también, siguiendo el consejo del propio don Antonio («distinguir las voces de los ecos»), intentaré poner al descubierto cómo en medio de los ecos machadianos se apunta ya alguno de los rasgos peculiares de la que sin duda ha sido una de las más originales voces poéticas de nuestro siglo.

Posiblemente el texto en el que el recuerdo de otro de Machado es más claro, sea el titulado «Chopo muerto (1920)»;[1] poema similar, tal vez demasiado similar a uno de los mejores del autor de *Campos de Castilla*: «A un olmo seco».[2] La comparación entre ambos textos revela que las coincidencias son muchas (tantas que resulta difícil rechazar la idea de una imitación); aunque también hay diferencias notables: la fundamental es que del machadiano toma Federico —si es que algo toma— sólo algunos aspectos parciales, ya que el sentido de su poema es distinto del de su posible modelo. Mientras Machado aprovecha la circunstancia del inesperado florecer del olmo seco como símbolo de la belleza instantánea y, a la vez, como símbolo de una esperanza personal, Lorca se limita a describir la muerte de su árbol, una muerte querida (*Fue tu espíritu fuerte / el que llamó a la muerte*), para hacer su elegía.[3]

Anotemos algunas de esas coincidencias: ambos poemas imaginan entre las posibles muertes del árbol las que producirían el hacha del leñador o el vendaval (*Antes que te derribe, olmo del Duero / con su hacha el leñador* [...]*; antes que te descuaje un torbellino / y tronche el soplo de las sierras blancas,* Machado. *No fue el vendaval ronco / el que rompió tu tronco, / ni fue el hachazo grave / del leñador,* Lorca). Esa muerte se manifiesta en ambos árboles con la conversión de su tronco hueco en refugio de animales «inferiores» (*Ejército de hormigas en hilera / va trepando por él, y en sus entrañas / urden sus telas grises las arañas,* Machado. *Serás nidal de ranas / y de hormigas,* Lorca), en clara oposición a la época en la que fue residencia de los pájaros (*No será* [...] */ habitado de pardos ruiseñores,* Machado. ... *llamó a la muerte / al hallarse sin nidos,* Lorca). El final definitivo del árbol, su total acabamiento se refleja con el mismo viejo motivo manriqueño de «los ríos que van a dar a la mar» (*Antes que el río hasta la mar te empuje / por valles y barrancas,* Machado. *Y un día la corriente / llevará tu corteza / con tristeza,* Lorca). Por último, también hay coincidencia en los dos poemas en el motivo final que trata de trascender la anécdota: el proyectar sobre el objeto destinatario del apóstrofe lírico la interioridad del yo poético (*Mi corazón espera / también, hacia la luz y hacia la vida, / otro milagro de la primavera,* Machado. *Y escribo tu elegía, / que es la mía,* Lorca).

Creo que las correspondencias anotadas son evidentes; como también lo es la diferencia entre los respectivos logros poéticos. Es, en último término, la que puede haber entre una tentativa juvenil, no totalmente madura, y una de las cumbres de la lírica de un maestro tal vez en su mejor momento creador.

Otro de los poemas de este libro de Lorca que presenta resonancias machadianas es el titulado «Canción primaveral (28 de marzo de 1919. Granada)»,[4] en especial la primera de sus dos partes:

Salen los niños alegres / de la escuela, / poniendo en el aire tibio / del abril canciones tiernas. / ¡Qué alegría tiene el hondo / silencio de la calleja! / Un silencio hecho pedazos / por risas de plata nuevas.

El mismo motivo de la alegría infantil —precisamente al salir tumultuosamente de la escuela— que rompe el triste silencio de las calles solitarias lo encontramos en el poema III de *Soledades,*[5] en sus versos 3 al 6: *Tumulto de pequeños colegiales / que, al salir en desorden de la escuela, / llenan el aire de la plaza en sombra / con la algazara de sus voces nuevas.*

Las correspondencias de situación, léxico, etc., son indudables; pero no lo es menos la originalidad de la voz lorquiana, que se apunta en esa magnífica imagen —*risas de plata nueva*—, promesa de la extraordinaria adjetivación del lenguaje del *Romancero gitano* o *Poeta en Nueva York.*

Las semejanzas entre ambos poemas concluyen en los versos transcritos. Aunque no el recuerdo de Machado en esa «Canción primaveral», cuya parte II comienza con unos versos de indudable raíz: *Voy camino de la tarde, / entre flores de la huerta, /*

dejando sobre el camino / el agua de mi tristeza. Lo que sigue es ya Lorca puro, una visión que descubre ya la poderosa imaginación poética que, años más tarde, culminará en esa cima de nuestra lírica que es *Poeta en Nueva York*:

En el monte solitario,
un cementerio de aldea
parece un campo sembrado
con granos de calaveras.
Y han florecido cipreses
como gigantes cabezas
que con órbitas vacías
y verdosas cabelleras
pensativos y dolientes
el horizonte contemplan.
¡Abril divino, que vienes
cargado de sol y esencias,
llena con nidos de oro
las floridas calaveras!

Estos dos poemas que he comentado, «Chopo muerto» y «Canción primaveral», tal vez sean los que descubren con mayor claridad la huella del maestro de Soria [6] en los versos primeros del joven Lorca. Pero no son éstas las únicas huellas; dispersas aquí y allá, en diversos textos de este mismo libro encontramos alguna otra. Así, el poema «Tarde (noviembre de 1919)»,[7] que comienza: *Tarde lluviosa en gris cansado, / y sigue el caminar. / Los árboles marchitos. / Mi cuarto, solitario. / Y los retratos viejos / y el libro sin cortar...*, que nos evocan, además de los famosos versos del «Recuerdo infantil» [8] (*Una tarde parda y fría / de invierno. Los colegiales / estudian. Monotonía / de lluvia tras los cristales*),[9] esos ambientes tan reiterados en *Soledades, galerías y otros poemas,* de cuartos solitarios, retratos viejos, libros, melancolía, etc. Y no sólo la ambientación es machadiana en este poema; también lo es esa proyección hacia el ambiente de la interioridad del poeta, tan cara al Machado de sus primeros libros, y que este poema muestra así: *Chorrea la tristeza por los muebles / y por el alma.*

Uno de los motivos más reiterados en *Soledades...* es el del jardín solitario con su fuente, visto en el ocaso;[10] en el *Libro de poemas* de García Lorca encontramos también ese ambiente en varios textos; por ejemplo, como más significativo, en el titulado «Meditación bajo la lluvia. (Fragmento. 3 de enero de 1919)»,[11] cuyos versos iniciales podrían figurar entre los poemas aludidos de *Soledades...*:

Ha besado la lluvia al jardín provinciano
dejando emocionantes cadencias en las hojas.
El aroma sereno de la tierra mojada
inunda el corazón de tristeza remota.
Se rasgan nubes grises en el mudo horizonte.
Sobre el agua dormida de la fuente, las gotas
se clavan, levantando claras perlas de espuma.
Fuegos fatuos que apaga el temblor de las ondas.

La pena de la tarde estremece a mi pena.
Se ha llenado el jardín de ternura monótona.
... ...

Tal vez pudieran aducirse y comentarse algunos textos más. Para el propósito de estas notas, con los que he mostrado creo que puede ser suficiente. De su lectura y comparaciones pueden concluirse interesantes observaciones acerca de la formación del estilo poético de Lorca, de su indiscutible deuda con Machado, de su poderosa originalidad temprana a partir de los modelos que le influyen, etc., etc. Conclusiones que habría que considerar dentro del sugestivo tema de la relación existente entre las obras de nuestros dos mejores poetas del siglo XX.[12]

José Manuel GONZALEZ HERRAN

1 El título completo, con sus subtítulos, fechas, etc., así como los textos correspondientes de los poemas de García Lorca, los tomo de la novena edición (1965) de las *Obras completas* en Ed. Aguilar. Este poema figura en las pp. 260-261 de dicha edición.

2 Poema número CXV de las *Poesías completas*. Los textos machadianos y sus referencias, los tomo del libro de Antonio Sánchez Barbudo, *Los poemas de Antonio Machado,* Editorial Lumen, Barcelona, 1969 (2.ª ed.). El texto del que aludo figura y se comenta en las pp. 243-246.

3 Este mismo asunto —tal vez con una base real— le inspiró otro poema de este mismo libro, «In memoriam (Agosto de 1920)» (p. 223 de la ed. cit.), muy similar al que aquí comento.

4 Pp. 183-184.

5 Sánchez Barbudo, *op. cit.,* pp. 34-35. El poema pertenece al libro *Soledades, galerías y otros poemas;* dentro de la recopilación de las *Poesías completas,* pertenece a la parte titulada «Soledades».

6 A quien conoce, ya en Baeza, en una excursión de estudios que realiza con otros compañeros universitarios en 1917.

7 P. 238.

8 Número V de las *Poesías completas;* vid. Sánchez Barbudo, *op. cit.,* pp. 99-102.

9 Tanto el texto de Machado como el de Lorca utilizan el mismo recurso de concluir el poema con los versos que lo habían iniciado.

10 Cfr. los números VI («Fue una clara tarde, triste y soñolienta...»), VIII («Yo escucho los cantos...»), XIX («Verdes jardinillos...»), XXIV («El sol es un globo de fuego»...), XXXII («Las ascuas de un crepúsculo morado...»), LI («Jardín»), etc.

11 Pp. 270-271.

12 Tema sobre el que ha escrito muy acertadas palabras Carlos Bousoño en su artículo «En torno a 'Malestar y noche', de García Lorca», en el volumen colectivo *El comentario de textos,* Editorial Castalia, Madrid, 1973; pp. 305 a 338.